

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID

---

EL MANUSCRITO  
DE  
UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS

POR

D. Eusebio Planas

---

Cuaderno 35 de ocho entregas

---

MADRID

JOSÉ ASTÓRT Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle de las Hileras, número 14

1873

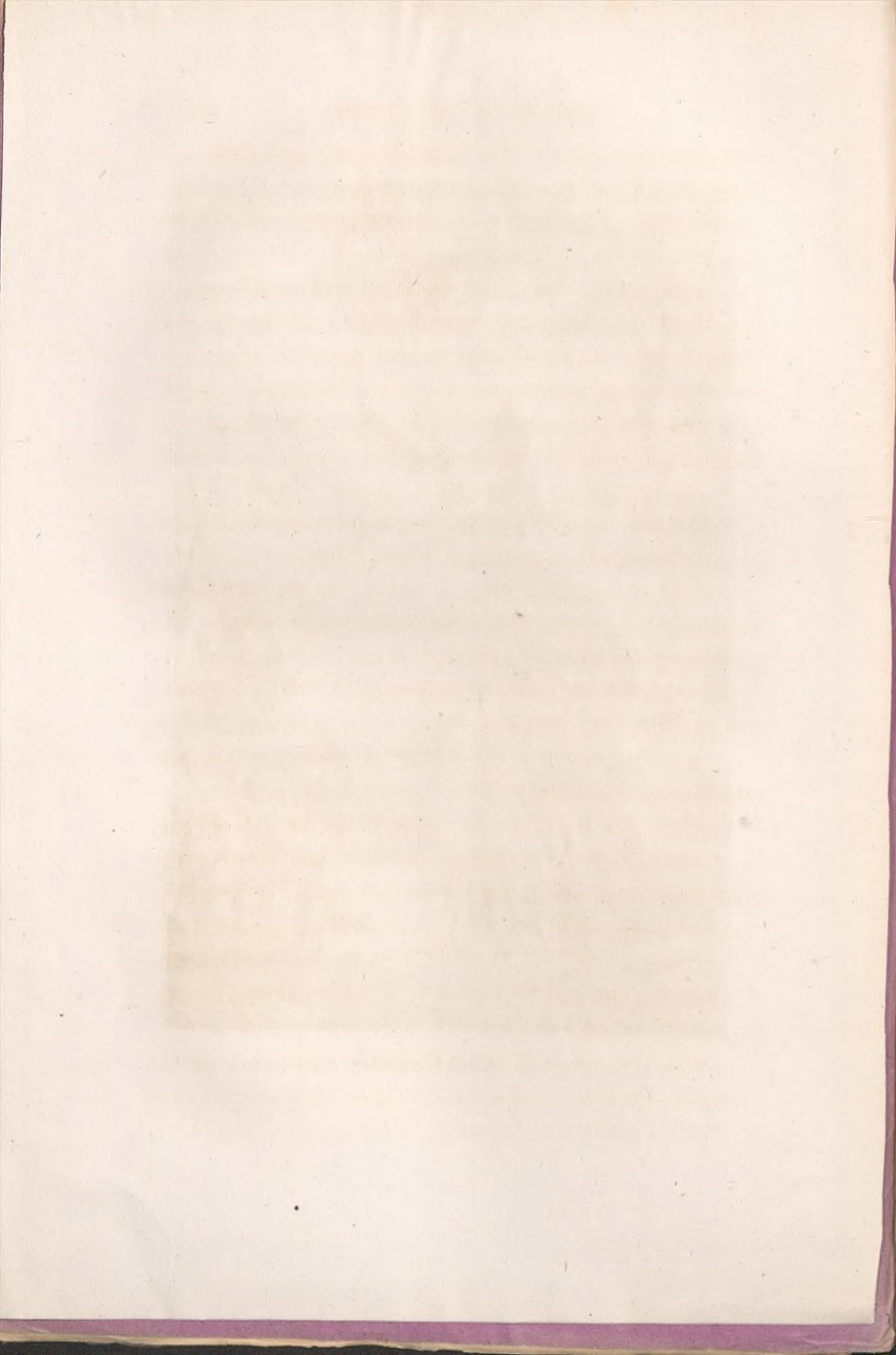
L47  
2251







¡Madre mía!... ¡Vuelves á reunirte conmigo, ó me arrojo al lago!





ba á tomar la taza de té que era su desayuno, le anunciaron que deseaba verle el baron de Labra.

El conde le recibió en su mismo dormitorio, como una persona de confianza.

—Dispense usted, señor conde, á un enamorado, que se toma la libertad de molestar á sus amigos tan temprano; pero estaba impaciente por saber el resultado de la misiva que escribió usted al general Lostan.

—El resultado, querido Ernesto, es todo lo satisfactorio que pudiéramos desear.

—¿De veras?

—Doy á usted la más cordial enhorabuena.

—De manera que...

—Puede usted encargár á un agente que corra las diligencias y saque todos los documentos necesarios para el hombre que se casa.

—Confieso, señor conde, que esas palabras devuelven el alma á mi cuerpo.

—¿Tan poca confianza tiene usted de que salieramos bien de nuestra empresa?

—No tenia ninguna; lo declaro con ingenuidad.

—Amigo mio, ese temor deberia ofenderme, y perdone usted la inmodestia; cuando se tiene un padrino como el conde de la Fe, no debe desconfiarse.

—Pido á usted mil perdones por mi desconfianza; y ahora le ruego que me diga qué hay de nuevo.

—El general Lostan estuvo ayer tarde á visitarme.

—¿Hecho una furia por supuesto?

—Al contrario, humilde como un corderillo.

—¿El general!...



—Veo que le extraña á usted la metamorfosis que ha sufrido mi antiguo amigo. Pero ya he dicho á usted en otra ocasion, que tengo un talisman, al que no resiste el general.

—¿De manera, que me concede la mano de su hija?—preguntó, sin poder contener el gozo, Ernesto.

—Poco á poco, amigo mio. El general le acepta á usted por yerno; pondrá de su parte todo cuanto puede poner un padre; podemos contar tambien con el apoyo de la marquesa del Rádío: usted visitará desde hoy á Clotilde, en cuya casa será perfectamente recibido; pero es preciso que por su parte, el baron de Labra procure llegar poco á poco hasta el corazon de la mujer que ama.

—Algo se ha conseguido con amansar la bravura de un general y una marquesa, que comenzaban á mostrarse hostiles á mi persona. ¿Pero cree usted, señor conde, que á pesar de todo eso podré adquirirme las simpatías y el amor de Clotilde?

—Tenemos en nuestro abono, para conseguir lo que nosotros nos hemos propuesto, el apoyo de los padres y la circunstancia de hallarse la muchacha, como vulgarmente se dice, sin compromiso. El amor toma varias fases en el corazon de la criatura. Unos se enamoran perdidamente desde el instante en que se ven; otros, por el contrario, comienzan por ser antipáticos, y con el trato y el estudio detenido de los caracteres, se disipa poco á poco el mal efecto del primer instante, y acaban por amarse con locura. Hay otros que comienzan por ser amigos; la conversacion amena, las buenas



maneras, la finura, la costumbre de verse, hacen que nazcan en el fondo del alma las simpatías, y estas simpatías dan por fruto al poco tiempo el amor; tal vez el más sólido, el más duradero de todos.

—Escucho á usted con el mayor interés; pero no encontrándome en el caso de los primeros, es decir, de los que se enamoran perdidamente á la primera mirada, y tal vez siendo el vivo retrato de los segundos, es decir, de los que se odian desde el mismo instante en que se ven, temo me cueste mucho trabajo destruir el mal efecto que desde el primer momento le causé á Clotilde.

—No digo yo, querido baron,—añadió sonriéndose el conde,—que Clotilde llegue hasta el punto de enamorarse de usted, como Safo de Faon, arrojándose luego desde el promontorio de Leucades al mar; porque hoy afortunadamente no ménudean las Safos, y las mujeres, cuando les conviene el hombre que pide su mano, llegan resignadas al pié del altar adonde le dan el dulce sí, aunque no le amen ni piensen amarle nunca. Por lo tanto, despues de calcular usted friamente en el caso que se encuentra de los tres amores que le he descrito, creo que debe ir poco á poco conquistándose las simpatías de Clotilde, sin perder nunca la confianza, porque el hombre que es jóven y puede llevar un dote como el que usted llevará, no debe nunca esperar que rechacen su mano.

—No deja de inspirarme alguna esperanza la confianza que usted siente, señor conde, y desde ahora le aseguro que pondré de mi parte todo cuanto pueda



para interesar en favor mio el corazon de Clotilde; pero seré franco: más que en mis fuerzas, confio en la influencia de usted, á quien veo dispuesto á protegerme.

—¡Oh! en cuanto á eso, no tenga usted la menor duda: pondré de mi parte todo lo que pueda, y creo que llegará usted á realizar sus deseos.

—Nunca agradeceré ni podré pagar bastante los favores que me concede.

—¡Bah! sea usted feliz en los brazos de la señora de sus pensamientos, y asunto concluido; cuando el hombre llega á viejo, cuando la fiebre del amor ya no abrasa su corazon, entonces le quedan otros placeres que apurar, y se dedica á proteger á los enamorados.

Y el conde se rió con la mejor buena fe del mundo.

Ernesto aceptaba la proteccion del conde, porque la creia poderosa para lograr sus deseos; pero esta proteccion recibida de parte de un hombre tan escéptico, le hacia sospechar que fuese interesada.

Recordaba que en otro tiempo le habia dicho: «Es preciso inspirar celos á mi ahijado Daniel, y cuente usted con una cantidad mensual.»

¿Por qué queria entonces inspirarle celos á Daniel? ¿por qué tenia empeño en que se casara luego con Clotilde? ¿por qué, trascurrido algun tiempo, le brindaba su proteccion para que él consiguiera la mano de la hija del general Lostan?

Todas estas preguntas se dirigia Ernesto y no podia contestarse, si bien sospechaba que habia algun secreto.

Hombre poco escrupuloso el baron de Labra, se de-



jaba proteger sin preocuparse mucho de la causa de aquella proteccion, pues lo que él deseaba era casarse con Clotilde, asegurando por este medio una posicion independiente, que le librara de la tutela y los caprichos de su tio.

Por otra parte, aunque Ernesto hubiera sabido que la proteccion que le prestaba el conde envolvía una idea tan infame como egoista, la hubiera aceptado; porque, ya lo hemos dicho varias veces, el baron tenia pocos escrúpulos de conciencia.

—Puesto que usted lo desea,—añadió Ernesto, reanudando la conversacion,—desde hoy mismo emprenderé con valor la conquista de esa esquivada deidad; pero yo ruego al señor conde que no lo deje todo á mis fuerzas y que me ayude en tan difícil empresa.

—Está mi amor propio interesado en que sea usted el esposo de la hija del general Lostan.

—Es que la cosa urge, porque temo que á mi tio, que hoy sólo tiene pasion por sus pipas, se le ocurra el dia ménos pensado enamorarse de alguna belleza femenina, y esto seria para mí un golpe fatal.

—Querido Ernesto, he comprendido desde el primer dia que esos temores que le inquietan, avivaban el deseo en usted de contraer pronto un matrimonio ventajoso. Le agradezco que me hable usted con franqueza, porque de esa manera los asuntos marchan con más desahogo.

Aquí llegaba la conversacion del conde de la Fe y Ernesto, cuando el ayuda de cámara del primero entró, presentándole una carta.



El conde rompió el sobre, y despues de fijar los ojos en la carta, dijo sonriéndose:

—¡Ah! veo que el general sabe cumplir sus palabras. Me indica en esta carta que mañana jueves se inauguran en su casa las reuniones de confianza, de diez á una de la noche. Oiga usted el último párrafo, porque indudablemente le interesa.

Y el conde leyó en voz alta lo que sigue:

«He mandado tambien una invitacion á mi antiguo amigo don Joaquin de Labra, indicándole que tendremos en mi casa un placer todos de verle acompañado de su sobrino.»

Y el conde, fijando una mirada en Ernesto, repuso:

—¿Qué opina usted de este párrafo, amigo mio?

—Que la influencia de usted es tan poderosa, que ya me considero yerno del ilustre general Lostan.

—Valor pues, y á conquistar el corazon de su hija.

—Estoy interesado en conseguir esa victoria, que es para mí una cuestion de amor propio.

—Y de conveniencia, ¿no es verdad?—añadió el conde sonriéndose.

—De todo hay en la viña del Señor.

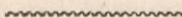
Y el conde de la Fe y Ernesto soltaron una carcajada intempestiva.



LIBRO ÚLTIMO



CONCLUSION







dos nombres le conocen nuestros lectores, gracias á la  
pequeña fortuna que el negocio llevado á cabo en co-  
mandita con el señor Ruiz le habia proporcionado, y á  
un nuevo empleo de ayuda de cámara del barón de La-  
tra, habia cambiado notablemente.

Gorrion ya no era aquel vate de Madrid, que lo

## CAPÍTULO PRIMERO

habia vuelto más grave de carácter y más pulcro en el  
vestir. Se habia desarrollado la ambición en su alma,  
y soñaba en la realización de un porvenir que le libra-  
ta de las impertinencias de su amo y de la esclavi-  
tud moral que el cristo contrata con aquel que le da un  
sueldo al mes.

Gorrion se hallaba en la habitación que servia de

El dinero da á los hombres cierta fuerza moral,  
cierta gravedad, que con frecuencia les hace cambiar  
de carácter.

Entre los refranes, que no todos pueden llamarse  
verdaderos, hay uno muy popular que dice: *genio y  
figura hasta la sepultura.*

Este refran es tal vez, entre todos los refranes, el  
que se halla sujeto á más excepciones, puesto que el  
hombre, á manera que cambia de posicion cambia de  
carácter, y no es extraño encontrar un hombre emi-  
nentemente conservador, amigo del orden, que diez  
años antes tenia fama de anarquista, de demagogo, de  
exaltado.

Y esto es, sin duda, porque las cosas se ven de dis-  
tinto modo desde arriba que desde abajo.

Por eso tal vez Ventura ó Gorrion, pues con los

dos nombres le conocen nuestros lectores, gracias á la pequeña fortuna que el negocio llevado á cabo en comandita con el señor Ruiz le habia proporcionado, y á su nuevo empleo de ayuda de cámara del baron de Labra, habia cambiado notablemente.

Gorrion ya no era aquel *gatera* de Madrid, que lo mismo servia para un barrido que para un fregado: se habia vuelto más grave de carácter y más pulcro en el vestir. Se habia desarrollado la ambicion en su alma, y soñaba en la realizacion de un porvenir que le librara de las impertinencias de su amo y de la esclavitud moral que el criado contrata con aquel que le da un sueldo al mes.

Gorrion se hallaba en la habitacion que servia de antesala al gabinete de su amo, fumando un cigarrillo de papel y dándole vueltas á su cerebro, como el hombre que se ocupa en la solucion de un difícil problema.

La ambicion, ese juego interno que en algunos hombres sólo se extingue en las puertas del sepulcro, daba muy malos ratos á Ventura.

Poseedor nuestro hombre de un capital de seis á siete mil duros en papel del Estado, siempre que se hallaba sólo se ocupaba en pensar por qué medio podria doblar su fortuna.

Su amo, que se presentó en este momento en la antesala, le indicó, sin saberlo, el medio de hacer un gran negocio.

Veamos cómo.

—Buenas tardes, Ventura,—dijo Ernesto, arrojando el gaban y el sombrero sobre un sofá.



—¿Quiere usted que se le sirva el almuerzo, señorito?

—No, porque he almorzado en casa del conde de la Fe.

—¿Sabe usted, señorito, que noto en su fisonomía cierta animación, que me indica que está usted muy contento?

—Eres un gran fisionomista, Ventura, un segundo La Bruyere; mi asunto marcha viento en popa. Entra, voy á mudarme este traje, porque quiero dar un paseo por la Castellana.

Ernesto entró en su gabinete seguido de Gorrion.

El baron se dejó caer en una butaca con la indolencia del hombre satisfecho, y encendiendo un tabaco, dió otro á su criado, á quien trataba con la mayor confianza, y repuso:

—Pues sí, querido Ventura; mi asunto, como te he dicho, marcha viento en popa. El conde de la Fe, cuya poderosa influencia es preciso reconocer, se ha puesto decididamente de mi parte, y ha logrado convencer al general Lostan y á la marquesa del Rádío á que me concedan la mano de su hija.

—¡Hola, hola!... Entonces, es decir que tendremos boda muy pronto.

—Espero entrar en el gremio de los casados antes de treinta dias.

—¿Tan pronto?

—¡Oh, cuanto más pronto mejor!

—¿Y no le arredra á usted perder la libertad de soltero?



—¡La libertad!... ¿Crees tú que la pierde nunca un hombre de mis condiciones, aunque se case cien veces?

—También eso es cierto.

—¡Bah! yo no concibo esos maridos que abdicán todos sus derechos al pié de un sacerdote, convirtiéndose en esclavos de aquella á quien dan su nombre. Yo seré siempre libre, independiente; en mi casa no habrá otra voluntad que la mía, y este problema que á muchos parece difícil, espero resolverlo con facilidad, educando á mi mujer para que la cruz del matrimonio me sea lo ménos pesada posible.

—Sin embargo, señorito, ¿es tan agradable la vida del soltero!

—¿Crees tú que yo me casaría, si no fuera una necesidad para mí en estas circunstancias el matrimonio?

—¡Una necesidad!—repitió Ventura con cierta admiración.

—Y tan grande, que no me queda otro recurso que doblar ante ella mi indomable independencia.

—Confieso, señorito, que no entiendo una palabra de todo lo que usted dice. ¿Qué necesidad tiene usted de casarse con un tío tan rico como don Joaquín?

—Pues precisamente, por eso deseo tomar estado cuanto antes,—contestó sonriéndose Ernesto.

—Francamente, señorito, ahora lo entiendo ménos.

—Te creía más listo, querido Ventura.

—Confieso que en esta ocasión soy un zoquete; porque yo, con un tío como el que usted tiene, cuya fortuna tarde ó temprano ha de caer en manos de su sobrino, no me hubiera ocurrido nunca casarme.



—Y con tu afán de permanecer soltero cometerías una solemne necedad; porque pudiera suceder muy fácilmente, que ese tío rico, cariñoso y dispuesto á nombrarte su heredero universal, que ese tío que durante cincuenta años ha vivido abrazado al celibato como el náufrago á la tabla salvadora, y tropezara un día con una de esas mujeres irresistibles, que nos aturden, que nos fascinan, que se apoderan de nuestra voluntad, y que de la noche á la mañana se le ocurriera lo que no se le habia ocurrido nunca, es decir, casarse.

—¡Ah!

—Veo que vas comprendiendo. Figurémonos, pues, que mi tío, á pesar de sus cincuenta y pico de navidades, encuentra esa mujer y se casa, y figurémonos algo más, que llega á tener fruto de bendición, y entonces...

—Adios los millones del tío y adios hermosos sueños.

—Pero, por el contrario, yo me caso antes que mi tío con una mujer que me lleve tres ó cuatro millones en dote; por ejemplo, la hija del general Lostan: á este dote añade mi bondadoso pariente doscientos, trescientos ó cuatrocientos mil duros, y héteme aquí con una fortuna de algunos millones, libre, independiente, y sin temer las eventualidades de que la funesta casualidad presente una moderna Cleópatra delante de mi tío.

—Veo, señorito, que es usted hombre previsor, y apruebo en todas sus partes ese casamiento.

Y en los labios de Gorrion brilló una sonrisa ma-



ligna, en la que podría verse toda la alegría que rebo-  
saba en su alma.

Inocentemente su amo acababa de indicarle el mo-  
do de aumentar su fortuna. Sólo consistía en una cosa,  
sólo tropezaba con una dificultad: encontrar la moder-  
na Cleópatra, y probar si don Joaquin era tan sensible  
á los encantos de la belleza y á las seducciones del  
amor, como lo fué Marco Antonio, el triunviro ro-  
mano.

—Ya ves, querido Ventura,—añadió Ernesto,—  
que yo no debo cometer la imprudencia de perder el  
tiempo, hoy que está mi tío dispuesto á protegerme y á  
darme un buen dote el día de mi casamiento.

—Sí, sí, dice usted bien,—repuso Ventura dis-  
traído;—es preciso aprovechar el tiempo.

—Trae mi traje de montar, y avisa que ensillen mi  
caballo. Esta tarde Clotilde irá á la Castellana, y  
quiero verla.

Ventura salió de la habitación, volviendo á los po-  
cos instantes, y comenzó á vestir á su amo.

—¿Sabe usted, señorito,—dijo despues de una pau-  
sa,—que el plan que usted ha combinado es admi-  
rable?

—¿Confíasas que debo casarme?—contestó Ernesto,  
arreglándose la corbata delante del espejo.

—¡Quién lo duda! Ese casamiento es para usted de  
la mayor importancia, porque sin quitarle el que ma-  
ñana sea usted el heredero universal de don Joaquin,  
le pone á cubierto de todo cuanto pudiera suceder.

—Tú sabes, querido Ventura, pues nunca he teni-



do secretos para tí, que cuando recibimos la tan grata como inesperada carta de mi tío, yo no tenía una peseta y me hallaba agobiado por mis acreedores. Volver á aquella situacion me horroriza; antes preferiria levantarme la tapa de los sesos. El matrimonio es para mí un seguro contra la miseria. Cierro, pues, los ojos, y me caso.

—Hace usted bien, perfectamente bien, señorito. Pero se me ocurre una duda.

—¿Qué?

—¿Accederá á ese casamiento la señorita Clotilde?

—Supongo que sí, porque es lo que entre nuestra clase se llama un casamiento de conveniencia, y como yo no le pido amor, sino su mano...

—¡Ah! pues entonces...

—Pues es claro,—añadió Ernesto riéndose.

Aquí llegaba la conversacion de nuestros dos personajes, cuando se oyó la voz de don Joaquin en la antecala, que decia:

—¿Querido sobrino, estás visible?

—Adelante, adelante,—respondió Ernesto, saliendo al encuentro de su tío.

—Veo que te dispones á salir de casa.

—Sí, voy á dar un paseo á caballo.

—Bien, bien, por mí no te detengas. Ya sabes que á mí me gusta que todo el mundo disfrute de omnimoda libertad.

—Porque es usted el mejor y más condescendiente de los tios.

—¿Supongo que tus asuntos con la marquesita del Rádío irán bien?

—Según el conde de la Fe, marchan admirablemente. Pero ¿por qué me dirige usted esa pregunta, querido tío?

—Porque yo creía que tus amores con la encantadora Clotilde estaban un poco torcidos, cuando hace poco he recibido una carta del general Lostan que me demuestra lo contrario, por lo que te doy la más cordial enhorabuena.

—¿En esa carta se le invita á usted para que concurra á sus reuniones de confianza?

—Sí, y me suplica que te lleve á tí. Pero ¿cómo sabes?...

—Porque el general ha escrito otra al conde de la Fe, en la que le dice que ha tenido el honor de invitarle á usted.

—¿Ya sabrás que mañana se inauguran esas reuniones?

—Espero que iremos juntos.

—¿Quién lo duda!...

—¡Ah, querido tío!—exclamó Ernesto abrazándolo, —¡qué feliz es el hombre que puede llamarle á usted su padre y ve en perspectiva una esposa como la encantadora Clotilde!

—¡Oh! sí; la juventud es muy feliz, porque tiene la fortuna de verse halagada por sus sueños de color de rosa. Pero anda, hijo mío, anda, no quiero entretener-te. ¿Supongo que vendrás á comer conmigo?

—Sin falta, querido tío.



—Yo te lo agradeceré muy de veras, porque me aburre comer solo.

Ernesto abrazó á su tío, y salió del gabinete seguido de Ventura.

## CAPÍTULO II

El duque de San Plácido cumplió su palabra á Olo-  
tíbe, es decir, partió de Madrid al día siguiente, y  
llegó á Hérche, no con poca sorpresa de Daniel, que  
al verle entrar en la modesta sala donde un año antes  
había muerto su madre, exclamó:  
—¡Cómo! ¿usted aquí, señor duque?...  
—Sí, amigo mío, yo aquí,—contestó el duque, es-  
trechando la mano de Daniel, que avergonzándose de  
su pobreza ante un huésped tan distinguido, repuso:  
—Mucha honra es para mí dar hospedaje al duque  
de San Plácido, aunque desde ahora ofrezco tratarle  
con una modestia casi miserable.  
—Yo vengo á buscar al amigo, al hombre admi-  
rable que, castigándose con tanta crueldad con un des-  
tino voluntario, viene á refugiarse á este pobre rincón  
del mundo, dando el mayor ejemplo de generosidad y  
desprendimiento que se conoce.

—Yo te lo agradeceré muy de veras, porque me  
abaste comer solo.  
Entonces abrió á su tío, y salió del gabinete segun-  
do de Ventura.

## CAPÍTULO II

—

### La losa mortuoria

El duque de San Plácido cumplió su palabra á Clotilde, es decir, partió de Madrid al día siguiente, y llegó á Horche, no con poca sorpresa de Daniel, que al verle entrar en la modesta sala donde un año antes había muerto su madre, exclamó:

—¡Cómo! ¿usted aquí, señor duque?...

—Sí, amigo mio, yo aquí,—contestó el duque, estrechando la mano de Daniel, que avergonzándose de su pobreza ante un huésped tan distinguido, repuso:

—Mucha honra es para mí dar hospedaje al duque de San Plácido, aunque desde ahora ofrezco tratarle con una modestia casi miserable.

—Yo vengo á buscar al amigo, al hombre admirable que, castigándose con harta crueldad con un destierro voluntario, viene á refugiarse á este pobre rincón del mundo, dando el mayor ejemplo de generosidad y desprendimiento que se conoce.



Y como Daniel le mirara con cierta extrañeza, el duque continuó sonriéndose:

—Conozco que le admiran á usted mis palabras; pero por ellas debe usted comprender que no me es desconocida su generosa abnegacion: Clotilde me lo ha referido todo.

—¡Clotilde!...—repitió Daniel, cada vez más admirado.

—Creo que usted no dudará ni un momento de que yo soy bastante honrado para guardar en el fondo de mi corazon un secreto que se me confie...

Daniel inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Pues bien, amigo mio; despues de esto,—añadió el duque,—voy á decirle la causa de mi viaje á Horche.

Y el duque comenzó á referir detalladamente todo lo que ya conocen nuestros lectores, es decir, su declaracion amorosa á Blanca, la respuesta negativa de la jóven, y la conferencia que habia tenido con Clotilde, en la cual le hizo tan importantes revelaciones.

Daniel escuchó en silencio el largo y detenido relato del duque, que nosotros hemos reducido á dos palabras por no molestar á nuestros lectores con enojosas repeticiones.

El rasgo de Blanca le pareció sublime; pero él no podia aún dominar las impresiones de su corazon.

Cuando el duque terminó, estas palabras pronunciadas con cierta vehemencia se escaparon de los labios de Daniel:



—Siempre he creído que Blanca era un ángel de la tierra. ¡Dichoso el hombre que logre hacer feliz á una criatura tan angelical!

—Pues bien, amigo mio; á usted puede caber esa dicha.

—¡A mí!—contestó Daniel, haciendo un movimiento bastante significativo con los hombros.—Hay dos razones para que yo no pueda afianzar la felicidad de una mujer: la primera, es que mi corazon se halla herido de muerte; la segunda, que soy muy pobre, señor duque.

—Creo, amigo mio, que exagera usted su situacion. Me atreveré á decir más; creo que hace usted una ofensa á su bondadosa hermana Clotilde. Y ahora le ruego no se ofenda conmigo, si empleo al dirigirle la palabra cierta franqueza. Blanca, al rechazar mi mano con tanta delicadeza, me ha demostrado que hay en la tierra almas virtuosas y puras que no se doblegan ante los halagos del oro y la fortuna. Yo, en vez de enojarme por su conducta, me proclamo de *motu proprio* su protector, y ayudo los deseos de Clotilde. Blanca le ama á usted con todo su corazon, y usted acabará indudablemente por amarla. El amor de esa bellísima criatura será el bálsamo que cicatrice las heridas del corazon de usted. En cuanto á la fortuna, debe usted tener presente, que siendo Clotilde rica, no consentirá nunca que su hermano sea pobre. Por otra parte, Blanca me ha dado el dulce nombre de hermano, y deber es mio ocuparme de su dote cuando llegue el día de su casamiento.

—Veo, señor duque,—añadió Daniel sonriéndose



tristemente,—que da usted por hecho un enlace, que yo creo muy lejano.

—Sí, conozco que es preciso dar tiempo al tiempo. Usted ha sufrido mucho, y necesita buscar consejo en la soledad y la calma; pero yo, para conseguir mi objeto, para premiar la virtud de una mujer incomparable, cuento con un aliado poderoso: con Clotilde.

—Sí, Clotilde me escribe diariamente, me habla siempre de su amiga, me dice que regrese á Madrid; pero eso es imposible. Que sea ella feliz, que disfrute de todos los derechos que, según ella, me pertenecen; yo nada ambicioso sino vivir en este solitario albergue, y visitar todas las tardes la tumba de mi madre.

—Sin embargo, preciso es que usted confiese, amigo Daniel, que esa existencia para un jóven que acaba de cumplir veintidos años, se hará con el tiempo monótona, insufrible.

—Entonces, señor duque, cuando llegue ese día, ya procuraré buscar el medio de aburrirme ménos. Hoy, puede usted creerme, nada me complace tanto como la soledad.

En este momento se presentó en la habitación el doctor Samuel.

Al ver un desconocido hablando con Daniel, hizo un movimiento de asombro.

Daniel se sonrió y dijo:

—Mi querido doctor, tengo el gusto de presentar á usted al duque de San Plácido, que ha venido á visitar á este pobre desterrado. Es un bueno y leal amigo, á quien siempre he debido grandes deferencias.



Y luego, dirigiéndose á Alvaro, añadió:

—El doctor Samuel, á quien llamo con orgullo mi verdadero padre.

—El nombre de usted, señor doctor, no me es desconocido, y le he oído pronunciar siempre con respeto. Aprovecho, pues, esta ocasión para ofrecerle mi amistad y todo cuanto valgo.

Samuel y el duque se estrecharon la mano cordialmente.

Daniel, dirigiendo la mirada á un antiguo péndulo que habia colgado de una de las paredes de la habitación, añadió:

—Acaban de dar las cinco de la tarde, y esta es la hora en que el doctor y yo tenemos por costumbre ir á visitar la tumba de mi madre. Yo supongo que el señor duque no tendrá inconveniente en acompañarnos.

—Ninguno, amigo mío.

Media hora despues, Daniel, el duque de San Plácido y el doctor Samuel, se hallaban en el modesto cementerio de Horche.

Al pié de un hermoso cedro de odora, se veia una lápida negra de mármol de Bélgica.

Las ramas del cedro, con su perenne verdor, prestaban su sombra bienhechora á aquella tumba.

Sobre el mármol negro se veia escrita esta inscripción en letras de oro:

AQUÍ DESCANSAN LOS RESTOS DE UNA MÁRTIR.

SU ALMA ESTÁ EN EL CIELO.



Y más abajo, en lo último de la lápida, escrito con una letra infinitamente pequeña, se leía este nombre: *Daniel*.

Daniel se arrodilló junto á aquella fúnebre losa, y permaneció algunos momentos inmóvil.

El doctor Samuel y el duque, de pié á su lado, guardaban silencio.

El sol comenzaba á hundirse detrás de la cerca del cementerio.

La noche avanzaba rápidamente.

Entonces el doctor Samuel colocó cariñosamente una mano sobre el hombro del jóven, y le dijo:

—Ya es tarde, hijo mio: regresemos al pueblo.

Daniel se levantó, y los tres amigos se encaminaron hácia Horche sin pronunciar una palabra.

Al día siguiente, el duque de San Plácido abandonó el pueblo, comprendiendo que aún no había llegado la hora de convencer á aquel alma destrozada por el dolor.

—El se cansará al fin de esa soledad que se ha impuesto. La juventud es poco consecuente en sus grandes aficciones. Demos tiempo al tiempo.

Y más abajo, en lo último de la lámina, escrito con una letra infinitamente pequeña, se leía este nombre:

Daniel.

Daniel se arrodilló junto á aquella lámina y permaneció algunos momentos inmóvil.

El doctor Samuel y el duque, de pie á su lado,

### CAPÍTULO III.

El sol comenzaba á hundirse detrás de la cumbre del

cementerio.

La noche avanzaba rápidamente.

Entonces el doctor Samuel, colocándose convenientemente

una mano sobre el hombro del joven, y le dijo:

—Ya es tarde, hijo mío: regresemos al pueblo.

Daniel se levantó, y los tres amigos se encaminaron

con rápida marcha sin pronunciar una palabra.

Habían trascurrido cinco días desde aquel en que el duque de San Plácido abandonó á Horche, cuando una tarde se detuvo un carruaje, tirado por dos poderosas yeguas normandas, delante de la modesta puerta de la casa de Ángela.

Mónica, que oyó el ruido del coche, salió llena de curiosidad á la puerta, á tiempo que dos jóvenes elegantemente vestidas bajaban de él.

Grande fué el asombro de la señora Mónica al ver que aquellas señoritas le dirigían la palabra, preguntándole por Daniel.

—¡Ah! ¿vienen ustedes á buscar al señorito Daniel? Pues está en la huerta; allí se pasa las horas lee que te lee; pero voy á decirle...

—No, no le moleste usted; nosotras iremos á bus-



carle. Tenga usted la bondad de indicarnos por dónde se va á la huerta.

—No hay más que cruzar la casa á lo largo, y encontrarán la puerta de la huerta.

—¡Santiago!—dijo una de las viajeras, que no era otra que Clotilde,—conduzca el carruaje á la posada; nosotras nos quedamos aquí.

Y cogiéndose del brazo de su compañera, añadió:

—Vamos, Blanca; tengo muchas ganas de verle.

Mónica, mientras tanto, no se cansaba de mirar á aquellas dos jóvenes á quienes no habia visto nunca, y que á juzgar por sus trajes y por el coche que las habia conducido á Horche, debian pertenecer á una clase distinguida.

En los pueblos se comenta todo, y como suceden pocas cosas extraordinarias, el menor acontecimiento reúne los vecinos á las puertas de las casas.

Pero dejemos á los vecinos haciendo preguntas á la absorta Mónica, y sigamos á Clotilde y Blanca, que acaban de penetrar en la huerta.

Apenas habrian andado doce pasos, cuando Clotilde se detuvo, diciendo:

—¡Allí está!

Blanca dirigió la mirada hácia donde indicaba la mano de su amiga, y efectivamente vió á Daniel sentado junto á un corpulento árbol, con un libro en la mano derecha, y profundamente abismado en la lectura.

A sus piés se hallaba echado un perro de raza inglesa, cuya fisonomía no era ménos triste y meditabunda que la de su amo.

Las dos amigas permanecieron algunos segundos inmóviles, contemplando á Daniel. Ambas se hallaban conmovidas y como temerosas de interrumpirle.—

Por fin, Clotilde, soltándose del brazo de su amiga, algo más resuelta, corrió hacia Daniel procurando hacer el menor ruido posible, y apoyando cariñosamente sus brazos sobre el hombro derecho del jóven, le dijo con dulcísimo acento:

—Tú no quieres venir á Madrid: pues bien, yo vengo á Horche.

Daniel lanzó un grito y se puso en pié, escapándosele el libro de las manos.

En este momento Clotilde se arrojó al cuello de su hermano, dándole un ruidoso beso en la mejilla:

—Ya lo ves, vengo á buscarte,—le dijo;—pero no vengo sola.

Entonces Daniel vió á Blanca, que trémula y pálida, se enjugaba las lágrimas sin atreverse á avanzar un paso.

—¿Tú también, Blanca?

—Sí, he venido á acompañar á mi amiga Clotilde. Ella se ha empeñado, y yo...

—Blanca viene conmigo, porque si mis ruegos no te convencen á abandonar este lugar, interponga también sus súplicas; porque sabido es que la union constituye la fuerza, y siendo nosotras dos y tú uno, es justo que alcancemos la victoria.

Daniel estrechó cariñosamente la mano de Blanca, y fijando una mirada llena de ternura en aquella virtuosa jóven que tanto le amaba, le dijo:



—¡Qué buena eres, Blanca! ¡eres un ángel! Yo no merezco el interés que por mí te tomas. Hace tres días que una terrible lucha agita mi pecho. Por el duque de San Plácido, he sabido toda la grandeza, toda la sublimidad de tu alma. ¡Ah! ¡qué feliz sería yo si me creyera digno de merecer tu cariño!

La turbación de Blanca aumentó. Estaba muy lejos de sospechar que Daniel la recibiera con aquellas palabras, que conmovían hasta la fibra más profunda de su corazón.

Las hermosas tintas del rubor asomaron á su virginal semblante, y tuvo necesidad de apoyarse en el tronco de un árbol para no caerse.

—Hermano mio,—dijo Clotilde,—si después de la revelación que te ha hecho el duque de San Plácido te empeñaras en vivir en este pueblo retirado del mundo y careciendo de todo, yo me vería en el doloroso trance de reconocer dos cosas: que no amabas á tu hermana, y que eras además el hombre más orgulloso del mundo.

Y Clotilde, cambiando de entonación, añadió, apoyando sus dos manos familiarmente en el hombro de Daniel:

—Supongo que nos darás hospedaje por esta noche; y te prevengo, que traemos un hambre devoradora, aunque ya supongo que no tendrás un jefe de cocina de primer orden.

—Mi jefe de cocina es la pobre Mónica, antigua criada que me ha visto nacer, y que no conoce más que media docena de guisos clásicos, puramente españoles.



Voy, pues, á dar las órdenes para que lo disponga todo y procure tratar del mejor modo posible á mis huéspedes. Mientras tanto, podeis dar un paseo por la huerta, de cuyos frutos os nombro las absolutas dueñas.

Daniel se dirigió hácia la casa.

Las dos amigas se quedaron solas.

Cuando Blanca comprendió que Daniel no podría oirla, exhalando un grito, se arrojó en los brazos de Clotilde y dijo:

—¡Clotilde, Clotilde! ¡las palabras de Daniel han hecho brotar la esperanza en el fondo de mi alma!

—El te amará, Blanca, no lo dudes; él te amará, porque su corazón es tan noble, tan generoso, que ha nacido para amar.

—¿Pero será á mí á quien ame?...

—Tú misma acabas de sentir brotar en el fondo de tu alma una esperanza: aliméntala pues, porque la esperanza es la hermosa flor de la juventud.

Blanca dirigió una mirada en derredor suyo, y sonriéndose dulcemente, añadió:

—No encuentras delicioso este retiro.

—Ya lo creo; vive en él Daniel,—contestó maliciosamente Clotilde.

—Sí, tal vez sea por eso por lo que á mí me parece encantador, y no tendría inconveniente en pasar aquí toda mi vida; y estoy segura que mi madre viviría aquí muy contenta. ¡Le gusta tanto el campo!...

—¡Oh, sí! el campo es muy hermoso cuando uno puede rodearse de comodidades y vive al lado de un hombre á quien ama con todo su corazón. ¡Ah! ya ve-



rás, querida Blanca, si yo logro que se realicen mis deseos, cómo convierto este modesto albergue en un paraíso, donde hareis vuestra vida de amor Daniel y tú.

—¡Qué buena eres!...—exclamó Blanca, abrazando á su amiga.

—Yo vendré todos los veranos á pasar una temporada con vosotros, y vosotros ireis en el rigor del invierno á pasar conmigo en Madrid otra temporada: de este modo no tendremos nada que echarnos en cara.

—Somos unas locas, que nos complacemos en soñar despiertas.

—Querida Blanca, en la vida se realizan muchos sueños; ten, pues, confianza.

Y como vieron venir á Daniel hacía ellas, añadió Clotilde:

—Vamos á que mi hermano nos enseñe sus posesiones.

—¡Qué buena eres!...—exclamó Blanca, abrazan-

do á su amiga.

—Yo vendré todos los veranos á pasar una tem-

## CAPÍTULO IV

### El génio del bien

Aquella misma noche, sentados al rededor de una mesa, se encontraban Blanca, Clotilde, el doctor Samuel y Daniel.

Mónica habia echado el resto, como vulgarmente se dice, imponiendo contribucion á su gallinero y á su despensa, y al ver el buen apetito de sus huéspedes, quedó satisfecha de sí misma.

Terminada la cena, como la noche era apacible y la luna estaba en todo su esplendor, Clotilde se cogió del brazo de Daniel, y le dijo:

—Vamos á dar un paseo por la huerta. El doctor Samuel servirá de caballero á Blanca. Tú serás el mio, pues tengo que reprenderte mucho y hasta este instante no he podido cogerte solo.

—Si no supiera que eres la mejor de las hermanas, casi me atreveria á llamarte injusta.



—¿Porque vengo á tu retiro, resuelta á arrancarte de él?

—Eso es bastante difícil. Aún no me aburre bastante la soledad para que la abandone.

—Sin embargo, no te creo bastante cruel para dar la muerte á un ángel.

—¡A un ángel!

—Sí, á Blanca.

—¡Ah!

Daniel guardó silencio.

Continuaron paseando. Clotilde volvió á interrumpir la muda melancolía de su hermano.

—El hombre no puede vivir siempre solo, y sobre todo, el hombre joven. Esta soledad, este apartamiento del mundo, acabarían por volverte escéntrico, raro, monomaniaco, tal vez loco. Tú necesitas, como todas las almas que sienten la necesidad de amar, una compañera. Yo sé que Blanca no te es indiferente, y sé también que ella te ama con todo su corazón. Yo no me empeñaré á la fuerza en arrancarte de este retiro, que voluntariamente te has impuesto: ¿quieres vivir lejos del mundo? ¿deseas vivir apartado de esa sociedad que tanto te ha hecho sufrir? ¿Quieres estar junto á la tumba de tu madre? Enhorabuena, no me opongo á ello; pero lo que yo no puedo consentir es que vivas en el seno de la modestia, casi de la pobreza; este retiro puede embellecerse, puede convertirse en un paraíso. Pero para eso es preciso que rechaces los consejos del orgullo, y aceptes las cariñosas y desinteresadas ofertas de tu hermana.



Y como Daniel continuase guardando silencio, Clotilde, deteniendo su paso y mirando de un modo tan suplicante como tierno á su hermano, añadió:—

—Porque yo supongo, Daniel, que tú no querrás envenenar mi existencia. ¿Cómo es posible que yo consienta vivir en medio del mayor lujo, habitar un palacio, tener coches y criados á mi disposicion, viéndote á tí vivir bajo el humilde techo de esta casa y careciendo hasta de lo más preciso?

—Reflexiona, hermana mía, que yo no puedo aceptar nada de tu padre, porque sé que no me ama.

—No, no, Daniel; estás en un error: nuestro padre podrá haber cometido contigo muchas ingratitudes; pero la hora del arrepentimiento ha llamado á las puertas de su corazon, y hoy piensa de distinto modo que ayer.

—Y aunque así sea, ¿olvidas que la marquesa del Rádío me profesa un odio inextinguible?

—Te engañas, Daniel; mi madre te admira, porque ha comprendido la belleza de tu alma, y estoy segura que acabaria por amarte si tú te decidieras á vivir en nuestra compañía.

—¡Oh! eso es imposible.

—Bien, bien; yo no te impondré ese nuevo sacrificio; pero tendrás que aceptar por lo ménos la mitad de la renta que á mí me corresponde, si es que quieres que continúe llamándote mi hermano.

—No hablemos de eso, Clotilde.

—Al contrario, hablemos de esto, y terminemos cuanto antes tan enojoso asunto,—continuó Clotilde con



encantadora precipitación.—Yo he venido á este pueblo por tres cosas: la primera, por verte; la segunda, por obligarte á aceptar lo que de derecho te corresponde; y la tercera, por darte á comprender lo que Blanca vale y lo mucho que te ama. Tú me conoces: soy tenaz, y nadie me hará desistir de mi empeño, y ó accedes á mis justos deseos, ó puedes contar que me tienes de huésped toda la vida, porque estoy resuelta á no volver á Madrid...

—Eres una aturdida encantadora,—contestó Daniel sonriéndose.

—Sí, sí; seré lo que tú quieras; puedes darme todos los calificativos que gustes; pero yo no ceso en mi empeño. Pienso permanecer en tu casa un par de dias; trascurridos estos, quieras ó no quieras, te encierro en mi coche, te conduzco hasta la estación; una vez allí, te traslado desde el coche á un wagon de primera del ferro-carril, y te llevo conmigo á Madrid.

—Mucho confías en tus fuerzas.

—No sabes tú de lo que soy capaz. Però esta noche es tan dulce, tan apacible, tan grata, brilla la luna con una claridad tan hermosa en el cielo, que debe ser muy á propósito para que dos corazones enamorados se comuniquen sus impresiones.

Y Clotilde, bajando la voz, añadió:

—Y como yo supongo que tú, aunque no lo dices, debes amar un poquito á Blanca, y ella te ama á tí mucho, voy á llamarla para que le des el brazo y le sirvas de caballero, mientras yo echo un párrafo con el doctor Samuel, á quien tengo que decir muchas cosas.



Y Clotilde, antes de dar tiempo á su hermano para que se opusiera á su voluntad, comenzó á gritar en voz alta:

—¡Blanca! ¡Blanca! ¡ven!

Blanca y el doctor Samuel llegaron poco despues al sitio en que se hallaba Clotilde.

—¿Qué ocurre?—preguntó Blanca.

—Cógete del brazo de Daniel y cédeme al doctor algunos momentos; tengo que hablar con él.

Blanca, trémula y confusa, no se atrevió á obedecer la órden de su amiga; Daniel adivinó todo lo que pasaba en el alma de aquella inocente jóven, y compadecido de ella, la dijo en voz baja:

—Sí, apóyate en mi brazo, y deja á la aturdida de Clotilde que dé un poco de jaqueca al doctor Samuel.

—¡Ah, sí! tu hermana es una aturdida,—dijo Blanca;—pero una aturdida encantadora!..

—Que te quiere mucho,—repuso Daniel.

—Los séres que tienen un alma tan bella como Clotilde, no saben aborrecer.

—Lo mismo te sucede á tí, ¿no es verdad, Blanca?

Blanca guardó silencio y exhaló un suspiro. Indudablemente aquel era el momento más feliz que habia tenido en su vida.

Daniel sintió que el brazo de Blanca le trasmitia un ligero estremecimiento.

La luz de la luna iluminó con su claro resplandor el hermoso semblante de la hermana de Julio. Estaba pálida, trémula, como si fuera á desfallecer, y de sus



hermosos ojos, azules como el cielo, se desprendían dos lágrimas.

—¿Por qué lloras, Blanca?—la preguntó Daniel con dulce entonación.

—¿Lo sé yo por ventura? Lloro porque, á pesar mio, las lágrimas se escapan por mis ojos.

—¿No eres feliz respirando el puro ambiente de la noche? ¿no te agrada esta soledad, esta religiosa quietud?

—¡Oh! yo viviría aquí eternamente. Madrid me cansa; aquella atmósfera me ahoga. Mi madre y yo seríamos muy felices si pudiéramos pasar nuestra existencia en una casita como esta.

—Y sin embargo, Blanca, esta es la morada de un pobre.

—Es que la pobreza tiene también su poesía.

—Sí, pero es una poesía que arranca lágrimas al alma y suspiros al corazón.

—Las lágrimas son muchas veces dulces, y producen un gran bien; ya lo ves, yo lloro ahora, y sin embargo, me creo dichosa.

—Porque tú eres una de esas criaturas á quienes los hombres honrados llaman ángeles de la tierra.

—Eso lo decís tú y tu hermana, porque sois muy buenos.

—Lo decimos, porque te conocemos y sabemos que lo mereces.

—¡Ah! lo que yo veo es que me pagáis mis buenas condiciones con una exageración de cariño que no merezco.



—¿Crees tú que no sabemos todo lo bueno que tú haces?

—¡Pero, Dios mío! ¿qué he hecho yo?

—En primer lugar, debo decirte que ha estado á visitarme el duque de San Plácido, y que por él he sabido tu admirable comportamiento.

—¡Ah! ¿el duque te ha dicho?...—

—No me ha ocultado nada, porque su asombro al recibir tu carta fué tan grande, que me ha dicho que su mayor gloria es merecer el nombre de hermano tuyo.

Blanca exhaló un suspiro, é inclinando la cabeza sobre el pecho, guardó silencio.

Mientras tenia lugar esta escena, Clotilde, que se habia apoderado del brazo del doctor Samuel, le decia, conduciéndole por camino distinto del que seguian Blanca y Daniel:

—Querido doctor, usted es hombre de confianza de mi hermano; sé la gran influencia que ejerce usted sobre él, y espero que me ayude usted á convencerle para que acepte la fortuna que le corresponde.

—No dudo que Daniel me quiere,—contestó el doctor;—que muchas veces ha seguido mis consejos, y aun creeré que respete mis opiniones; pero usted comprenderá, señorita, que es una cuestion muy delicada obligarle á aceptar la herencia, ó por mejor decir, una cantidad, despues de lo que ha sucedido.

—Es que las cosas han cambiado notablemente, doctor. Mi padre no es el mismo, está arrepentido, y yo no puedo consentir que Daniel sea pobre siendo yo rica.



—Esos sentimientos la enaltecen á usted mucho; pero yo nunca aconsejaré á Daniel que acepte una limosna del general Lostan.

Al oír estas palabras Clotilde, hizo un movimiento y se detuvo.

—¡Ah! ¿mira usted esta cuestion bajo el punto de vista del orgullo? Pues bien; entonces, señor doctor, como yo tambien tengo mi orgullo, tan pronto como llegue á Madrid diré á todo el mundo que soy la hija natural del general Lostan, que toda la fortuna de mi padre pertenece á un jóven que vive retirado y oscuro en el pueblo de Horche; porque tenga usted entendido, que á mí me halagan poco los títulos, porque sobre todos los títulos y todos los honores de la tierra coloco siempre la paz de mi conciencia, y no consentiré jamás vivir en medio del fausto mientras mi hermano viva en medio de la miseria.

Estas palabras causaron profunda admiracion al doctor Samuel, y no dudando de que Clotilde cumpliría la amenaza que acababa de proferir, comenzó desde aquel instante á mostrarse ménos intransigente.

Clotilde conoció el buen efecto que habia causado, y se propuso sacar partido, dándose tal maña, que media hora despues, el doctor, vencido por las nobles aspiraciones de Clotilde, por la grandeza de su alma, se hallaba dispuesto á secundar sus pensamientos.

Cuando el doctor y Clotilde fueron en busca de Blanca y Daniel, los encontraron sentados en un banco, y tan abismados en su conversacion, que ni siquiera se apercibieron de que dos importunos les miraban.

Clotilde se puso un dedo sobre los labios maliciosamente, indicando al doctor con la otra mano que le siguiera.

—Dejémosles,—le dijo en voz baja.—La felicidad es tan rápida en la vida, que es una infamia turbarla. ¡Dios quiera que esta noche de luna sea para Blanca y Daniel el perfumado lazo de flores que una sus almas para toda la vida!

Y cogiendo al doctor por el brazo, le condujo lejos del sitio en donde tan dulcemente se hallaban conversando Blanca y Daniel.



El conde un completo olvido del pasado, hablándole siempre de lo arrepentido que le tenía su conducta. El conde llegó a convertirse, á pesar de su proverbial desconfianza, de que había sonado para su amigo la hora del verdadero arrepentimiento.

Una noche el conde fue á visitar al general, y este le recibió en su gabinete, en donde dispuso que las sirvientas el café.

## CAPÍTULO V

—¡Me priva usted esta noche del gusto de tomar el café con las señoras!—le preguntó el conde.

—Debemos decir, que desde el día de la fugida recon-

**Donde el general prepara la emboscada**

se reunían en un salón y tomaban café en familia. Es-

tas reuniones de confianza eran presididas por la mar-

quesa del Tíbio.

Ahora, querido lector, nos permitirás que dejemos en Horche á los personajes que han entretenido tu ocio en el capítulo anterior, y vente si te place con nosotros á Madrid, en donde nos esperan nuevos é importantes acontecimientos.

El general Lostan, violentando su carácter y haciendo uno de esos esfuerzos titánicos, había logrado en pocos días inspirar cierta confianza al conde de la Fe.

Durante ocho días habían tenido varias conferencias, en las que había reinado la mejor armonía y confianza.

Si alguno hubiera escuchado sus conversaciones, les hubiera tenido por dos antiguos y buenos amigos.

En particular el general, se desvivía por demostrar

al conde un completo olvido del pasado, hablándole siempre de lo arrepentido que le tenia su conducta.

El conde llegó á convencerse, á pesar de su proverbial desconfianza, de que habia sonado para su enemigo la hora del verdadero arrepentimiento.

Una noche el conde fué á visitar al general, y este le recibió en su gabinete, en donde dispuso que les sirvieran el café.

—¿Me priva usted esta noche del gusto de tomar el café con las señoras?—le preguntó el conde.

Debemos decir, que desde el día de la fingida reconciliación del conde y el general, casi todas las noches se reunían en un salón y tomaban café en familia. Estas reuniones de confianza eran presididas por la marquesa del Rádio.

—Sí, amigo mío,—contestó el general,—porque mi mujer y mi hija nos han abandonado.

El conde miró con fijeza al general, como si quisiera leer en el fondo de su conciencia.

Don Pedro resistió aquella mirada con admirable serenidad.

—¿Pues y eso?—preguntó el conde.

—Caprichos femeninos, que los hombres no tenemos otro remedio que respetar. La marquesa y Clotilde se han marchado esta tarde á Chamartin, en donde pasarán dos días arreglando en la estufa de nuestra casa de campo una magnífica colección de camelias que les ha remitido nuestro embajador de París. Clotilde es entusiasta por las flores, y ha sido preciso complacerla.



—Ha hecho usted muy bien. Cuando no se tiene más que una hija, es preciso darle todos los gustos, ser lo que se llama un padre condescendiente.

—¡Oh! yo lo soy en exceso; pero en verdad que no me arrepiento de ello, porque Clotilde es una hija sumisa y obediente. Pero se me ocurre una cosa, señor conde.

—¿Qué es ello?

—¿Quiere usted que mañana por la tarde vayamos á sorprenderlas y á exigirles que nos den de comer?

—Con mucho gusto,—contestó el conde, en cuya invitacion no encontraba nada que no fuese natural.

—Entonces saldremos mañana á las tres; llegaremos bastante de dia para ver las camelias y para que tengan tiempo de obsequiarnos como nos merecemos,—repuso el general riéndose.

Y luego, cambiando de tono, añadió:

—Supongo que aún montará usted á caballo.

—No con mucha frecuencia; pero tengo afortunadamente una yegua árabe, cuya formalidad me inspira alguna confianza.

—Entonces no se hable más del asunto. Mañana á las tres camino de Chamartin. Yo iré á buscarle á usted á su casa.

—Esperaré dispuesto para llevar á cabo la expedicion.

El conde permaneció una hora con el general hablando de política.

Cualquiera al oírlos los hubiera creído dos buenos y antiguos camaradas.



A las diez ménos cuarto se separaron.

Desde el momento en que el general se quedó solo, su fisonomía sufrió un cambio notable. Comenzó á dar paseos por la habitacion, demostrando alguna inquietud y dirigiendo miradas de vez en cuando al hermoso péndulo que se veia en la pared.

Cuando las saetas marcaron las once de la noche, el general se dejó caer en una butaca, murmurando en voz baja:

—¡Cuánto tarda!

A las once y cuarto, un hombre se presentó en el gabinete del general. Este lanzó una exclamacion de gozo, y dijo al mismo tiempo:

—¡Gracias al diablo!

—El tren se ha retardado una hora; no es culpa mia,—dijo el recien venido, que no era otro más que el ayuda de cámara del general.

—¡Y mi hija?

—Llegó sin novedad, y se halla en casa del señorito Daniel.

—¿No te ha dicho el tiempo que piensa permanecer en Horche?

—Creo que dos ó tres dias.

—Tenemos tiempo de sobra; porque mañana voy á Chamartin á comer con mi amigo el conde de la Fe.

El general, al pronunciar estas palabras, se sonrió de un modo satánico.

Santiago se estremeció. Aquella sonrisa que había entreabierto los labios de su amo, tenia para él algo del helado soplo de la muerte.



Hubo un momento de silencio.

Después, el general dijo con nervioso y apagado acento:

—El conde de la Fe y yo saldremos á las tres de la tarde de Madrid; tú saldrás á las cinco de la mañana: ya sabes lo que te tengo encargado, es preciso que no falte nada. Cuando termine el drama sangriento, que probablemente tendrá lugar mañana, regresarás inmediatamente á Madrid; encontrarás en el cajón de la derecha de mi pupitre cuatro pliegos cerrados: uno es para mi notario, otro para la marquesa del Rádío, otro para mi hija, y otro para Daniel. Espero que cumplas como acostumbras esta comision.

—Está bien, señor,—contestó Santiago con acento conmovido;—yo cumpliré fielmente todo lo que usted me ha encargado; pero ¿no habria medio de evitar?...

El general dirigió una mirada amenazadora á Santiago, y repuso:

—No voy á cometer un asesinato, sino un acto de justicia. Si te falta el valor para servirme por la última vez, libre eres para separarte de mí.

—Señor, yo no merezco tan dura reconvencion; hace muchos años que he hecho el sacrificio de mi vida.

—Entonces obedece, y déjame en paz. Quiero estar solo.

Santiago no desplegó los labios. Salió del gabinete del general; pero al llegar á la antesala, dos lágrimas brotaban de sus ojos.

El general permaneció más de una hora inmóvil y hundido, por decirlo así, en su butaca.



Cada instante que trascurria, su despejada frente, surcada de arrugas, iba adquiriendo un carácter más sombrío, más tétrico.

Era indudable que dentro de aquel cráneo tenía lugar una terrible tempestad; tempestad que rugia amenazadora, disponiéndose á lanzar rayos de muerte.

Por fin, el general irguió la cabeza, fijó una mirada en la esfera del reloj, y sonriéndose de un modo extraño, dijo en voz baja:

—Aún me quedan ocho dias del plazo que me ha concedido el conde de la Fe; pero yo adelanto el dia del pago. Mañana pondremos el finiquito á nuestras cuentas, y luego que Dios nos juzgue.

El general se levantó de la butaca, y fué á sentarse en el sillón de su mesa escritorio.

El reloj dió entonces las doce de la noche.

—Aprovechemos el tiempo,—se dijo.—Cuatro ó cinco horas de actividad bastarán para dejar corrientes todos mis asuntos. Manos á la obra.

Y se puso á escribir con febril precipitación.



—Eso consiste, señor duque,—repuso Julio,—en que hay jóvenes á los veintidos años que han vivido sesenta. El alma de Daniel ha envejecido en poco tiempo, y se necesitaría bañarle, como se dice vulgarmente, en el Jordán, para rejuvenecerle.

—Yo confío en que el amor hará ese milagro, y bien sabe Dios que he pasado en mi parte todo cuanto he podido para hacerle comprender así á Daniel.

—Es usted el hombre más generoso que conozco. ¡Oh! Nada de eso; yo he atesorado siempre á esos traidores de la vida, los que me traen sin más.

que por el placer de serlo, y me creería un hombre muy pequeño y despreciable si no contribuyera con todos.

Aquella misma noche al oscurecer, cuando Julio de Monforte regresó á su casa, se encontró una carta, concebida en estos términos:

«Amigo Julio: Acabo de llegar de Horche; he visto á Daniel. Esta noche no salgo de casa. ¿Quiere usted venir á tomar café conmigo?

EL DUQUE DE SAN PLÁCIDO.»

Julio aceptó la invitación, porque el duque de San Plácido le era una persona sumamente simpática, y media hora después se hallaban sentados los dos jóvenes, uno en frente de otro, separados por un velador, donde humeaban las tazas de café.

—Pues sí, amigo Julio; he estado en Horche, en donde he visto á ese monomaniaco de Daniel, que se ha empeñado á los veintidos años en vivir separado de la sociedad.



—Eso consiste, señor duque,—repuso Julio,—en que hay jóven á los veintidos años que ha vivido sesenta. El alma de Daniel ha envejecido en poco tiempo, y se necesitaria bañarle, como se dice vulgarmente, en el Jordan, para rejuvenecerle.

—Yo confío en que el amor hará ese milagro, y bien sabe Dios que he puesto de mi parte todo cuanto he podido para hacérselo comprender así á Daniel.

—Es usted el hombre más generoso que conozco.

—¡Oh! nada de eso; yo he aborrecido siempre á esos traidores de melodrama, que son malos sin más que por el placer de serlo, y me creeria un hombre muy pequeño y despreciable si no contribuyera con todos mis esfuerzos á la union de dos corazones tan bellos como el de Blanca y el de Daniel. Para conseguir esto, tenemos además una aliada poderosa: Clotilde, á quien yo sé que usted ama con todo su corazón.

Al oir estas palabras Julio, hizo un movimiento de asombro.

Una sonrisa de bondad asomó á los labios del duque, que dijo:

—Vamos, no hay que asombrarse, está usted hablando con un amigo, ó por mejor decir, con un hermano; pues este es el nombre que me ha dado Blanca, y yo estoy muy orgulloso con él. Sé que usted ama á Clotilde; pero que ese amor es tan sublime, tan elevado, que lo alimenta usted en su pecho sin la esperanza de la recompensa.

—¿Pero quién ha podido decir á usted?...

—Entre nosotros no debe haber secretos; nos apre-



ciamos lo bastante para tener confianza mútua: yo he querido dar el nombre de esposa á su hermana de usted, y ella, con una franqueza verdaderamente admirable, me ha contestado: «Seamos hermanos, puesto que el amor que profeso á un hombre desgraciado y pobre, me impide honrarme con el nombre de esposa de usted.» Esto es muy admirable en una época de grosero materialismo como esta, y juro á usted que, ó puedo muy poco, ó he de ver unidos con lazo indisoluble á Daniel y á Blanca. Dejando ya esta cuestion, que va en buen camino, vamos á hablar de usted, por cuya suerte me intereso. ¡Qué diantre! siendo hermano de Blanca, tengo que serlo de Julio. ¡A mí me ha dado ahora por la monomanía de la proteccion! Podrá usted llamarme corregidor de Almagro, alcalde de Totana, como guste.

—Yo no diré de usted, señor duque, otra cosa sino que es el hombre más noble y más bondadoso que conozco. No quiero, pues, ocultar la verdad: amo á Clotilde desde aquel día en que su proteccion cayó sobre nuestra miseria, como bienhechor rocío. Clotilde, obedeciendo á los impulsos bellísimos de su alma, me tendió una mano bienhechora en el momento sublime en que á mi madre y á mi hermana faltaba un pedazo de pan para alimentar sus cuerpos desfallecidos. La miseria, ese terrible azote de los desheredados, se cernia tétricamente sobre nuestras cabezas. Clotilde fué el ángel que alumbró nuestras tinieblas, la providencia que nos salvó de los horrores del hambre. ¿Qué puedo hacer yo, señor duque, sino amarla con delirio? ¡Ah! mi



única ambicion seria dar mi vida por la suya; pero este amor que me inflama henchido de veneracion, de respeto, de agradecimiento; este amor que es para mí un tesoro, porque lo considero puro como el suspiro de un recien nacido, dado el momento que asomara á mis labios, desde el instante en que yo tuviera la audacia de confiárselo á Clotilde, de caer á sus piés pronunciando la palabra *te amo*, créalo usted, señor duque, yo me creeria deshonorado.

—¿Deshonorado por declararle á una muchacha el amor que reasume todas nuestras aspiraciones?

—Sí, porque esa muchacha, como usted dice, es inmensamente rica y pertenece á una de las familias más distinguidas de Madrid, mientras yo soy un pobre empleado con diez mil reales de sueldo, expuesto á que un cambio ministerial me deje sin pan con que mantener á mi madre y á mi hermana.

—Veo que piensa usted con una delicadeza demasiado sublime para nuestra época.

—¡Ah! no, señor duque, no. Conozco la sociedad en que vivo, y sé de positivo que se me trataria de orgulloso, de ingrato, si tuviera el atrevimiento de manifestar á Clotilde la pasion que me inspira. Si ella fuera pobre como mi hermana, entonces nada me detendria; caeria á sus piés, diciéndole: «Te amo desde el instante en que tuve la dicha de conocerte; pobre eres y pobre soy; la única felicidad que ambiciono es que me concedas el nombre de esposa.» Pero, ¿qué diria el general? ¿qué diria la marquesa? ¿qué dirian todos cuantos nos conocen? Señalándome con el dedo y de-



jando asomar á sus labios una sonrisa de desprecio, exclamarian: «Vedlo; ese modesto empleadillo se estaba muriendo de hambre en una buhardilla con su madre y con su hermana; Clotilde se presentó allí como el ángel del bien con una credencial en la mano, y no contenta con esto, les abrió las puertas de su casa y les trató como hermanos. Pues bien; el empleadillo, tan pronto como se vió con una levita nueva y una camisa limpia, se ha creído á la altura de su protectora y ha tenido el atrevimiento de pedir su mano.» ¡Oh! jamás, jamás; antes que zumben en mis oídos estas justas convenciones, ahogaré en el fondo de mi pecho la pasión que le inflama, y si no tengo valor para semejante sacrificio, entonces abandonaré la España, cruzaré el Océano, é iré á morir ignorado en un rincón de América.

—Estreché usted esta mano, Julio. Veo que pertenece usted á esa raza que lleva la nobleza escrita en el alma. Pido á usted que me perdone, si por un momento he podido creer que accedería á mis súplicas. Sí, dice usted bien; la sociedad es demasiado infame, demasiado corrompida, demasiado hipócrita, para comprender ciertas sublimes epopeyas, que nacen y mueren en el fondo de los corazones puros. Sí, dice usted bien; al conducir á Clotilde al pié de un altar, nadie vería el amor sublime, sino el egoísmo, el interés: yo haría lo mismo que usted.

—Gracias, señor duque; pues veo ha comprendido usted hasta el último de mis pensamientos.

—Pero si bien es cierto que la conducta que us-



ted se propone seguir es la que corresponde á un hombre de rectitud y elevados pensamientos, tambien lo es que el amor debe estimularle á usted para engrandecerse, para procurar elevarse hasta el mismo nivel que la mujer que ama, y entonces poder decir á la sociedad: «Cuando era pequeño, cuando me separaba de Clotilde la distancia de una inmensa fortuna, guardé el secreto del amor que por ella sentia en el fondo de mi corazon, como guarda el avaro su tesoro; pero hoy que para nada necesito su fortuna, porque soy tan rico como ella, no tengo que guardar consideraciones á la sociedad que me rodea, y puedo decir en voz alta que la amo.»

Julio oyó estas entusiastas palabras del duque con una sonrisa melancólica en los labios.

—Todo eso seria muy bello, amigo mio, llenaria de inmensa satisfaccion mi alma y de noble orgullo mi corazon; pero es un imposible; los pobres no adquirimos la fortuna cuando queremos.

—¡Oh! de cada veinte ricos que tropieza uno por la calle, diez y seis por lo ménos deben su fortuna á su carácter, á su perseverancia. En estos tiempos, en que la santa idea de la democracia extiende sus protectoras alas sobre la humanidad, todos los caminos que conducen al engrandecimiento están abiertos lo mismo para el hijo del proletario que nace en una buhardilla, que para el hijo de un príncipe que nace en un palacio; desde la hora santa en que se abolieron los privilegios, eso que los modernos han dado en llamar el cuarto estado, no existe. Por todas partes se encuentran duques,



marqueses, títulos, millonarios, hombres grandes, que ilustran y dan gloria á la patria donde nacieron, y cuyo origen fué por cierto bien humilde; ¿qué mayor gloria, pues, que ser uno el fundador de su mismo nombre?

—Sí, sí, señor duque, todo eso es muy bello,—añadió sonriéndose Julio;—pero yo no me conceptúo con fuerzas ni con talento para llegar á ser uno de esos grandes hombres.

El dinero es más fácil de adquirir que la gloria, lo conozco; y si usted lograra enriquecerse, podrían realizarse todos sus poéticos sueños. No hace mucho me hablaba usted de América, esa mina inagotable de los europeos, que á tantos ha enriquecido. Pues bien: yo tengo algunas relaciones en América; usted tiene deseo, algun entendimiento, fuerza de voluntad, y creo no ha de faltarle perseverancia. ¿Quiere usted ir á Méjico?

—No olvide usted, señor duque, que mi familia vive en España de su trabajo.

—Su familia de usted, es fácil que dentro de poco pueda vivir sin el auxilio de su modesto sueldo.

—¿Cómo?

—Porque yo confío que antes de mucho sea Blanca la esposa de Daniel.

—¡Ah! entonces todo cambiaria de aspecto.

—Pues bien; responda usted á mi pregunta: ¿iría usted á Méjico?

—Tal vez sí.

—Si acepta usted mi proteccion, creo que le han de bastar cinco ó seis años para adquirir una fortuna que le permita vivir con independencia.

—¿Y para qué quiero yo esa fortuna, si durante mi ausencia pierdo á la mujer que amo?

—Eso es muy difícil asegurarlo.

Julio se pasó la mano por la frente como si quisiera desechar de sí algun doloroso pensamiento. Luego levantó la cabeza y fijó una mirada en el duque de San Plácido, diciendo:

—Amigo mio, antes de aceptar las proposiciones que usted me hace, debo decirle que tengo que desempeñar una comision de la mayor importancia, y en la que corre algun riesgo mi vida.

Y como la mirada del duque de San Plácido demostrase el asombro que aquellas palabras le causaban, Julio añadió:

—El café está exquisito. Tomemos otra taza, porque en prueba de la confianza y franqueza que usted me inspira, voy á revelarles mis planes.



—¿La amenaza?

—Esto necesita una pequeña relajación, que voy á hacer á usted, —añadió Julio, saboreando á pequeños sorbos la taza de café que tenía en la mano. —Cuando se habla á personas como el duque de San Plácido, es inútil encargarles la discreción. Sé cómo usted apr-

## CAPÍTULO VIII

### Un pensamiento que merece la aprobacion del duque

El duque de San Plácido no acertaba á comprender aquel cambio en la conversacion; pero adivinaba, sin embargo, algo grave en la fisonomía de Julio.

Este, después de llenar la taza y tomar un sorbo, dijo:

—Usted no ignora, señor duque, que el conde de la Fe, que en otro tiempo fué protector de Daniel, hoy protege al baron de Labra, á ese jóven pervertido y vicioso, en cuyo corazon no tuvo entrada jamás ninguna accion noble y por cuya mente nunca cruzó un pensamiento elevado.

—Sí, sí, conozco á Ernesto, y sé que es un canalla despreciable.

—Bien; á pesar de eso, el conde de la Fe se ha propuesto casarle con Clotilde, y para lograr su deseo, no sólo emplea su influencia, sino la amenaza.

—¿La amenaza?

—Esto necesita una pequeña aclaracion, que voy á hacer á usted,—añadió Julio, saboreando á pequeños sorbos la taza de café que tenia en la mano.—Cuando se habla á personas como el duque de San Plácido, es inútil encargarles la discrecion. Sé cómo usted apreciaba á Clotilde y á Daniel, y no ignoro que Clotilde le ha hecho á usted alguna importante revelacion en prueba de la confianza que le inspira.

—Sí, es cierto. Sé, como usted, el parentesco que la une con Daniel.

—Sí, pero lo que creo que usted ignora, es el profundo ódio que siente el conde de la Fe hácia el general, y su gran deseo de venganza.

—¡Ah! yo creí al conde de la Fe un viejo escéptico y sin creencia ninguna, pero ignoraba...

—Pues sí, el conde odia al general desde muy antiguo. Creo que en otro tiempo, cuando eran jóvenes, se batieron dos ó tres veces, quedando siempre vencedor el general Lontan. Cuando Daniel se presentó en Madrid con una carta de recomendacion para su padre, al saber el conde de la Fe que el general habia rechazado á su hijo, le abrió las puertas de su casa y le prestó una proteccion ilimitada.

—Sí, lo recuerdo perfectamente, y creo que aun por entonces la chismografía de la alta sociedad atribuyó al conde de la Fe un parentesco muy directo con Daniel.

—Algunos sospecharon que era su padre. Pero la proteccion que el conde prestaba á Daniel era tan baja



como infame, pues el conde, no pudiendo vengarse del general con las armas en la mano, se propuso casar á los dos hermanos, llenando de desesperacion y de luto á toda la familia.

—¡Infame!

—La Providencia quiso salvarles de este gran peligro, y la misma noche en que un sacerdote, en las cercanías del lago Lemán, iba á bendecir la union de Clotilde y Daniel, supieron que eran hermanos.

—¿Y despues de tan horrible trama aún existe el conde de la Fe?

—Supo disculpar su conducta de un modo ingenioso con Daniel, y por otra parte, amenazó al general con publicar un secreto para él de la mayor trascendencia.

—Parece imposible que existan hombres tan perversos.

—El conde de la fe lo es en alto grado. Tengo la seguridad de ello, y si quisiera dudarlo, la conducta que sigue hoy confirmaria mis sospechas, convirtiéndolas en realidades.

—¡Cómo! ¿intenta ese hombre alguna nueva infamia?

—Oiga usted, señor duque. El conde, al ver en Suiza desbaratados sus planes, regresó á España sin desechár de su mente la idea de la venganza, y se dijo: «Ya que no he podido casar á Clotilde con su hermano, voy á ver si logro casarla con un hombre pervertido, que consuma su patrimonio en pocos meses y le dé luego una vida de penalidades, que vayan á herir de rechazo la ancianidad de su padre.»



—¿Pero es posible eso?

—Un momento de calma, y acabará usted de persuadirse hasta dónde llega la perversidad del corazón de ese hombre. Buscó, pues, al sér que necesitaba, es decir, al baron de Labra, que en otro tiempo le habia servido para infundir celos á Daniel, para incitarle á que perdiera su timidez de aldea, y por último para hacer un simulacro de desafío, del que quedó herido Daniel, logrando por este medio que Clotilde concibiera una verdadera pasión por el hombre que derramaba su sangre en su defensa.

—Sí, sí, recuerdo perfectamente todo eso.

—El conde, pues, á su regreso á España, buscó al baron de Labra y le propuso casarle con Clotilde de Lostan. Ernesto aceptó el ofrecimiento, aunque le parecia muy difícil verlo realizado, y entonces el conde escribió una carta al general pidiéndole la mano de su hija para su protegido el baron de Labra, y amenazándole con dar publicidad á su secreto si no accedía á su petición.

—¿Y el general accedió?

—El general quiso matar á su irreconciliable enemigo; pero el conde, alegando su ancianidad, rechazó el desafío, amenazándole de nuevo con publicar en los periódicos ciertos detalles de la vida privada del general, que bastarian para que fuera despreciado por todos los que hoy le respetan y admiran.

—Pero á un hombre así se le mata como á un perro.

—El conde se encerró en su casa como un caballo-



ro feudal en su castillo, y desde sus torres enviste dardos envenenados al general, que aterrado ante la idea del escándalo, accedió por fin á los deseos del conde, y pidió á su hija, con las lágrimas en los ojos que aceptara las galanterías del barón de Labra.

—Pero Clotilde no ama á ese hombre.

—Le aborrece, ó por mejor decir, le desprecia: le inspira la mayor repugnancia. Pero obedeciendo á las súplicas de su padre, violenta su voluntad y sufre que todas las noches le dirija galanterías que la repugnan. Ahora bien, señor duque; el plazo que ha fijado el conde para revelar su secreto, ó ver unidos á Clotilde y Ernesto, termina antes de ocho dias. Clotilde, por salvar á su padre, hará el sacrificio de su felicidad, y yo estoy dispuesto á la librarla de esa humillacion, de esa vergüenza, de ese gran dolor.

Los ojos del duque de San Plácido brillaron de gozo.

Comenzaba á comprender la nobleza del pensamiento de Julio.

—Sí, yo la salvaré, yo la salvaré,—repuso Julio,—ó perderé la vida en la demanda. Estoy resuelto á todo. Si muero, habré pagado los favores que de Clotilde he recibido; si vivo, aceptaré los ofrecimientos del duque de San Plácido, y partiré para Méjico.

—¿Y qué es lo que usted intenta?

—Inferir esta noche un agravio tan horrible al barón de Labra, que le obligue á batirse conmigo á muerte mañana al amanecer.

—Julio, el pensamiento de usted es muy noble;



¿pero ha pensado usted la desigualdad de ese duelo?

—Lo he pensado todo, y hace algun tiempo que me estoy adiestrando en el manejo de las armas. Además, como yo espero que sea usted mi padrino, confio que pondrá usted unas condiciones en el acta, segun las cuales sea preciso matar ó morir.

—Pero usted va á inferir el agravio, y él tiene la elección de las armas.

—Lo sé; elegirá florete ó sable; en ninguno de estos dos me inspira recelo. Si, como no confio, eligiere el sable, entonces pondrá usted la condicion de la estocada; es decir, que sea sable con punta.

—Pero...

—Ruego á usted, señor duque,—añadió Julio sonriéndose,—que no ponga ningun inconveniente á mi pensamiento. Estoy resuelto á llevarlo á cabo. Es el único medio de salvar á mi bienhechora de la suerte que la espera uniéndose con ese malvado. Si es mi desgracia tan grande que hago el sacrificio de mi vida sin que pueda librarla del gran peligro que le amenaza, entonces ella y Dios me lo tomen en cuenta.

—Entonces,—repitió el duque con acento solemne,—si lleva usted la peor parte en el lance, yo hago el juramento ante Dios y ante mi conciencia de hacerle la honra al baron de Labra de batirme con él para salvar á Clotilde.

—¡Ah! señor duque,—exclamó Julio con gozo,—ha adivinado usted mis deseos, y ese juramento que acaba de empeñar es para mí como una hermosa esperanza de la victoria.



Y como en aquel momento un reloj diera las diez de la noche, Julio repuso:

—Es preciso no perder el tiempo, buscar al baron, para que mañana, á lo más tardar, se efectúe el duelo á muerte.

—Iremos al teatro Real, y si allí no está, á última hora le encontraremos en el Casino: es aficionado al juego, y no falta ninguna noche.

Y el duque, tirando del llamador de la campanilla, dijo al criado que se presentó á recibir órdenes:

—El coche para dentro de un cuarto de hora, y dñle á mi ayuda de Cámara que venga á vestirme.

Y como en aquel momento un reloj dio las diez de la noche, Julio repuso:  
—Es preciso no perder el tiempo, buscar al barón, para que mañana, á lo más tardar, se efectúe el duelo á muerte.

—Iremos al teatro Real, y si allí no está, á última hora le encontraremos en el Casino: es aficionado al juego, y no falta ni un instante.  
Y el duque, tirando del llamador de la campanilla, dijo al criado que se presentó á recibir órdenes:

—El coche para dentro de un cuarto de hora, y dile á mi ayuda de cámara que venga á vestirme.

### En el salon de descanso

En el salon de descanso del vestuario del teatro Real, se hallaban varios elegantes caballeros, agradablemente entretenidos; unos, en amena conversacion con las lindas bailarinas, cuyo traje áereo y provocativo dejaba bastante en descubierto las bellas formas; y los otros, ocupados en esa agradable salsa de la conversacion, que se llama chismografía.

La mayor parte de los hombres que se hallaban en aquel local eran jóvenes y vestían el traje de etiqueta; familia feliz, que por lo regular pasan las horas alegremente, buscando en las diversiones y en el amor el modo de matar el tiempo.

Dejemos á la mayor parte de estos desocupados, que se gastan alegremente su fortuna en el amor que les



inspiran las piruetas de las bailarinas, y fijemos nuestra atencion en una pareja, que sentados en un diván á un extremo del salon, hablan en voz baja: esta pareja la componen un hombre y una mujer. Ella es una bailarina, alta, esbelta, admirablemente formada, con un cuello airoso y un pecho provocativo. Sus ojos son azules, pero llenos de fuego y animacion; sus cabellos rubios, abundantes y finos; en una palabra, una de estas mujeres que forman el encanto de un pintor para el modelo de una Vénus.

Esta mujer era una francesa muy connaturalizada con España, y que hablaba con bastante perfeccion la lengua de Cervantes, si se exceptúa un gracioso acento extranjero, que hacia resaltar más la fuerte pronunciacion de la *r* parisien. Se llamaba Marieta, y era una de las bailarinas que más corazones habia conquistado durante su carrera artística.

El hombre que hablaba con ella era Ernesto, baron de Labra. Vestia frac negro y corbata blanca, y en el momento en que vamos á sorprender su conversacion, habia tomado una postura indolente en el divan, que tenia mucho de amante desdeñoso.

—Nada, baron, nada, á mí me gusta reinar en absoluto en el corazon de los amantes, y yo sé que te has llas en vísperas de casarte.

—Pero bien, aunque eso sea cierto, ¿qué te importa? ¿Crees tú que yo no tengo el corazon bastante grande para amar á dos mujeres?

—Es que yo soy celosa.

—¡Bah! eso es una broma. Además, ¿cuándo la her-



mosa Marieta, la hada del baile, la diosa Tersicore ha tenido celos de la mujer de su querido?

—No, no, todo eso son palabras huecas. Yo podría permitirte que te casaras hallándote arruinado; pero eres inmensamente rico, ó por lo ménos lo es tutio, que es igual, y quiero que rompas con esa mujer.

—Es imposible.

—Entonces romperás conmigo.

—Tampoco es posible eso, porque tú no ignoras que te amo á tí de un modo y á la marquesita del Rádio de otro.

—Pues bien; si continúas en tu empeño de casarte, te prevengo que voy á hacerte una mala partida.

—¿Y qué mala partida es esa?—preguntó Ernesto sonriéndose.

—Buscarme un amante.

—Buena tontería teniéndome á mí.

—Puedes tomar á broma cuanto te digo; pero has de saber que, si te casas, tendré por amante al hombre que más puede perjudicarte.

—¡Hola! ¿y quién es ese caballero?

—Tu tio.

—¡Diablo! ¿sabes que esa amenaza es capaz de hacerme reflexionar?

—Sí, tu tio, á quien procuraré enloquecer hasta tal punto, que te arroje de su casa y te niegue su protección.

—¿Conque es decir, que me amenazas con la miseria? ¿me enseñas el infierno desde las puertas del Paraíso?



—Ya te he dicho que soy celosa, y que tengo valor para vengarme.

—Escucha, Marieta,—añadió Ernesto, acariciando la blanca mano de la bailarina,—puesto que has tenido la amabilidad de convidarme á cenar esta noche en tu casa, te suplico que no me hables de mi próximo enlace y que no nos ocupemos más que de nuestro amor. Y en cambio, guarda este recuerdo que te he traído para que adornes tu hermosa garganta en la alegre tarantela que bailas en el tercer acto.

Y Ernesto sacó del bolsillo del pecho del frac un elegante estuche de chagrin verde, que puso en las manos de la bailarina.

Marieta abrió precipitadamente el estuche, y sus ojos brillaron de un modo irresistible.

—¡Ah! ¡qué preciosa gargantina de brillantes! Veo que es imposible estar enojada contigo. Esta noche cenaré con ella puesta á tu lado.

Y volviendo á mirar con complacencia los diamantes, añadió:

—Preciso es confesar que tienes muy buen gusto.

En este momento se oyó una voz en la puerta del salón, que decía:

—¡Cuerpo de baile! ¡señorita Marieta, señorita Fanny, preparadas! ¡Coro!

Marieta estrechó la mano de Ernesto, y le dijo en voz baja:

—Te amo mucho. Hasta luego.

Y partió con la ligereza de una hada hacia el escenario.



Un pollo largo, enteco, con el rostro trasnochado, vestido con admirable pulcritud, que apoyado en el respaldo de una butaca habia dirigido más de una vez miradas codiciosas á Marieta, tan pronto como esta desapareció acercóse pausadamente hácia Ernesto, y tomó asiento á su lado en el divan.

—¡Hola, barón!—le dijo.

—Buenas noches, marqués.

—Chico,—añadió el pollo flaco,—voy á dirigirte una pregunta, si me prometes no enfadarte conmigo, pues tú ya sabes cómo pienso yo en cuestion de mujeres.

—Dirige todas cuantas quieras. Con esa salvedad por delante, ya no puedo enfadarme.

—Dime, ¿cuánto tiempo piensas continuar con Marieta?

El barón soltó una carcajada.

—Ríete todo cuanto quieras; pero contesta á mi pregunta.

—Hombre, te voy á ser franco: como dentro de cuatro ó seis dias entraré en el gremio de los hombres casados, pensaba esta noche, despues de cenar con Marieta, darla el último adios de despedida. Con ese objeto le habia comprado un aderezo de diamantes en casa de Ansorena, para dejarle algun recuerdo agradable de nuestros amores; pero...

—Malo; ese pero me anuncia que al verla esta noche con el traje de sifide has cambiado de parecer.

—No, no es el traje.

—Entonces...



# LAS FABULAS DE ESOPHO

Y DE GOTOLO DE MEXICO

DE JUAN BERNARDO MONTANES

PRESTADO EN LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO

## EL AMOR DE LOS PAISES

NOVELA DE MONTANES

ANTONIO DE PADUA

D. BERNARDO PLANA

## LA CARCAJADA

PRESTADO EN LA BIBLIOTECA

DE JUAN BERNARDO MONTANES

PRESTADO EN LA BIBLIOTECA



OBRA TERMINADA

# LAS FABULAS DE ESOPHO Y DE GOTOLDO EFRAIN LESSING

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO Y ALEMAN

POR

D. JUAN EUGENIO HARTZEMBUSCH Y D. EDUARDO DE MIER

PRECEDIDAS DE UN ENSAYO HISTÓRICO-CRÍTICO SOBRE LA FÁBULA, Y DE NOTICIAS BIOGRÁFICAS SOBRE LOS CITADOS AUTORES

MAGNÍFICA EDICIÓN ILUSTRADA CON MÁS DE CIENTO PRECIOSÍSIMOS GRABADOS  
DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS EUROPEOS

La opinión que ha merecido de la prensa en general este precioso libro, nos dispensa el hacer elogios del mismo. Sólo si diremos, que forma un elegante tomo de sobre 250 páginas, todas ellas orladas, tamaño casi folio, en rico papel avitelado.

## EL AMOR DE LOS PADRES

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

ANTONIO DE PADUA

Magnífica ilustración de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS

## LA CARCAJADA

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO)

NOVELA DE COSTUMBRES

POR D. ERNESTO GARCIA LADEVESE

Magnífica ilustración de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista D. EUSEBIO PLANAS.